

Los impuestos reducidos, la administración pública proba y honrada, y una seguridad á toda prueba, hacen que los extranjeros emprendan en grandes negocios, que les dejan pingües utilidades.

De un año para otro, en Monterrey se notan rápidos progresos, y no estará lejos el día en que la capital de Nuevo León sea competidora de San Luis Missouri, debido á los fuertes capitales que se invierten diariamente en las industrias de todo género. A tal grado llega el desarrollo, que la única competidora de México es Monterrey.

Y ¿qué era Nuevo León antes del gobierno actual? Repasad la historia, y se verá que, en donde hoy se extiende Monterrey, ayer era un páramo desierto, guarida de chacales y otros animales monteses. Ahora, gracias á la iniciativa, al trabajo y al espíritu de empresa, puede contarse entre las ciudades más adelantadas del mundo.

Parecerá increíble, pero es lo cierto: si otro hubiera sido el gobernante de Nuevo León, nada significaría el Estado. Convengamos, pues, en que, debiéndosele al general Reyes la prosperidad, era natural que el señor Presidente le tuviese predilección, y la república agradecimiento, por el poderoso contingente que le prestó como militar y como gobernante.

IV

En el tiempo de mayor apogeo en que los extranjeros residentes en Nuevo León y los hijos del Estado le prodigaban homenajes de admiración, lo llama

el Presidente á la capital, á fin de que llene la vacante que dejó el general Berriozábal.

Desde luego, la atención pública, ávida de saberlo todo y que no había estado ajena á la gestión gubernativa del general Reyes en Nuevo León, aplaudió, á despecho de los derrotados, el nombramiento. La entrada de Reyes á la capital fué un triunfo; se consideró como el justo premio á las prendas cívicas y morales del que supo hacer feliz, rico y próspero á un Estado, haciéndolo nacer á la vida de los pueblos civilizados y cultos. Los habitantes de la república recorrieron las hojas de la historia, y vieron que el nuevo Secretario de la Guerra tenía grandes títulos para ser el hombre de la estimación general.

Después de tres períodos consecutivos, Reyes abandona el Estado fronterizo, replegándose en el nuevo puesto. Los industriales, comerciantes, mineros y banqueros y todo el elemento de valer en Nuevo León, despidió á su gobernador, llorando la separación. El, que es agradecido, no obstante las múltiples ocupaciones que trae aparejadas la Secretaría, jamás olvidó los compromisos que tenía con su antiguo Estado, y desde la capital atendía á sus apremiantes necesidades.

Esto todos lo veían.

El nombre del general Reyes sonó entonces por toda la república, y por todas partes era aclamado; porque el Secretario de la Guerra era infatigable. En el poquísimo tiempo que duró al frente de la Cartera, hizo adelantar al ejército en disciplina, armamento é instrucción militar, dirigiendo él mismo las

maniobras. Se podía decir que el ministro era el soldado y todo, pues andaba mezclado con su oficialidad, viendo en dónde estaban las deficiencias para corregirlas. Cualquiera puede asegurar que la Secretaría nunca tuvo un ministro de más talento militar ni de mayor inventiva: y que, hasta la llegada de él al gabinete, el trabajo del Secretario de la Guerra lo despachaba el mismo señor Presidente, porque los que llegaron á ocupar ese puesto, jamás pudieron llenar sus necesidades. Pero el general Díaz descansó en el militar ameritado, porque conocía las prendas que le adornaban.

Reformas, reglamentos, mejoría de equipo, todo se le debió al general Reyes; y cuando los respetables delegados al Congreso Pan-americano vieron las maniobras militares en los llanos de San Lázaro de nuestro ejército, calificaron de un gran general al Secretario de la Guerra, y colocaron nuestra disciplina militar á la altura de los más avanzados países europeos. Los aplausos que se le prodigaron por las personas ilustradas en la materia, fueron ruidosos y públicos.

Los elogios de los delegados y las felicitaciones fueron una ovación completa y un triunfo para el general don Bernardo Reyes; y natural era que esas demostraciones de aprecio y alta estimación inocularan de envidia á algunos de sus enemigos, que ya empezaban á moverse.

En atención á que el ejército siempre se ha visto con recelo por ciertos grupos sociales, debido á la poca cultura de alguno de sus miembros, el general Reyes tuvo la feliz idea de crear la 2ª Reserva.

Con esta iniciativa, los mejores jóvenes de las familias ingresaban al ejército, y se formaría una generación culta y decente, dispuesta á tomar las armas en defensa de la patria. El uniforme militar que llegó á ser hasta odioso, restituiría sus privilegios y respetabilidad, y podría, con todo honor, figurar en los mejores círculos sociales, sin que fuese objeto de horror y espanto; llevándolo la juventud culta y disciplinada, ella sabría darle prestigio.

Pensaba preparar así los ánimos del pueblo para el espíritu militar. La idea era de grandes tendencias y propia de los cerebros elevados y pensadores.

A fuerza de iniciativa é impulso, el ejército iba transformándose, y los asuntos de la Secretaría estaban en perfecto orden. Debido á esto, el general Reyes se hizo popular y el señor Presidente le guardaba toda clase de consideraciones.

V

Pero la traída del general Reyes á la Secretaría de la Guerra obedecía á otros fines, á planes concebidos de antemano por el general Díaz.

En efectivo, se dijo que el señor Presidente, cansado de tantos años de ardua fatiga, pensaba retirarse al extranjero, con una licencia de separación temporal. El tiempo de la permanencia fuera del país jamás se llegó á saber. Lo que pareció más verídico era el viaje. Pero, temeroso de un conflicto movido por encontradas ambiciones, quiso dejar las cosas seguras, antes de marcharse. De ahí resultó la idea de

traerse á Reyes, después de convenir con Limantour de que ambos responderían del bienestar general de la república.

La mente del general Díaz fué que Limantour fuera el Presidente interino, y el general Reyes el que lo sostuviera; pues, conocedor el caudillo de la debilidad del Secretario de Hacienda, no podía dejarlo solo en el poder y quedarse tranquilo. Limantour, hombre de dotes civiles de gobierno, rodeado de cierto prestigio, y Reyes, militar aguerrido, espíritu enérgico y de iniciativa, los dos sostendrían la paz. Tal fué el pacto que ambos personajes juraron delante el Presidente cumplir fielmente, sin hacerse la guerra sorda uno al otro.

Tal vez ese haya sido el principal objeto del general Díaz, al traerse al gabinete al gobernador laborioso de Nuevo León.

Durante el tiempo que estuvo al frente de la Cartera el general Reyes, cumplió con lo prometido, y nunca se preocupó ni en formarse un partido político. Muchos de sus admiradores y amigos le propusieron la formación de un grupo que lo postulara para Presidente, en caso de que el general Díaz renunciase la Presidencia. El rechazó todas las proposiciones hechas, porque Reyes jamás fué desleal. Rodeado de la admiración pública, no se desvió un ápice del pacto.

Sin embargo, Limantour y los suyos, celosos de Reyes, lo juzgaron desleal, lo creyeron capaz de faltar á sus compromisos; y, por más que él asegurase lo contrario, las hostilidades se rompieron. Los científicos se ofuscaron, se cegaron completamente; pa-

recieron contemplar próxima su caída; y, ardiendo en ira y envidia, aconsejados por la ambición, empezaron á maquinarse por debajo de cuerda.

El Partido Científico desconoce cuál es el honor militar de un general; por eso dudó de la palabra de Reyes y puso el grito en el cielo.

La personalidad de don Bernardo llegó á ser terrible para los científicos, porque la república pregonaba los adelantos de Nuevo León y los progresos llevados á cabo en la Secretaría, y al autor de ellos se le tributaban homenajes de admiración y respeto. Tanta popularidad se imponía, y ellos no querían ninguno más alto que su jefe; con esto, dijeron: el general Reyes nos estorba, porque es más grande que nuestro *leader*.

Las intrigas llegaron á su máximo, cuando se fundaron dos periódicos de oposición al jefe científico, porque ellos se los atribuyeron al general Reyes, aunque éste no haya tenido participación alguna en la redacción de los expresados periódicos. Sin embargo de las protestas, los científicos lo señalaron como autor de la oposición á Limantour.

Resultó lo que era natural: cansado el general Reyes, renunció el puesto, con intenciones de ir á concluir su período de gobierno en Nuevo León. Si los científicos tuviesen un poco más de talento político, con la caída de Reyes, podrían blasonar de fuertes, si dejan las cosas de ese tamaño y guardan silencio; pero no; el odio de esa gente y la ambición desmedida se pasa del límite: quisieron molestar al general Reyes hasta en su retiro.

Dicho y hecho. Próximas las elecciones locales,

arman á sus enemigos de valor y los lanzan á una oposición bárbara y casi salvaje. Llegado el día de depositar los votos en las urnas electorales, azuzan á los opositores, chocan los elementos, y he ahí la asonada: del choque resultan varios heridos y muertos.

¿Quién fué el autor de aquel tumulto? Los científicos dicen que el gobernador promovió los asesinatos, y lo acusan ante el Congreso, sin tener datos para fundar la acusación. Los diputados imparciales juzgan inverosímil que un militar pundonoroso, valiente y aguerrido, se valga de la riña callejera para hacer efectivos sus derechos constitucionales, y por unanimidad se absuelve al acusado.

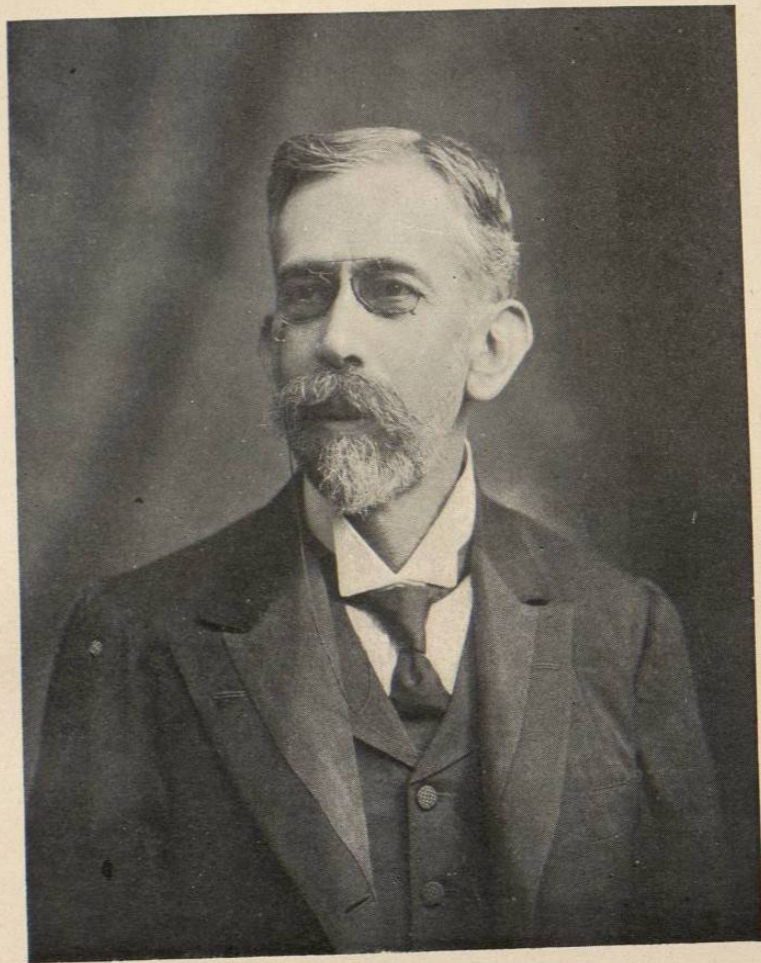
¡Ved ahí la obra de los científicos! ¿No es esto asestarse la última puñalada del suicidio político? Se han dado el golpe de gracia. Con las intrigas palaciegas, con esa persecución tenaz, de un hombre que apenas sonaba, han hecho un héroe admirable; porque no puede ser sino grande el que suena en los oídos del pueblo durante seis ú ocho meses. El pueblo no argumenta; oye repetir un nombre muchas veces, y se encariña con él. No hay cosa más á propósito para inmortalizar, que acusar á un hombre público y que los tribunales lo absuelvan.

De manera que, no conformes con haberlo hecho renunciar, los científicos lo siguen á sus dominios, y allí lo desafían; resultando de aquí que al general Reyes lo han hecho grande sus mismos adversarios.

Es seguro que los hombres sensatos han condenado de poco hábiles á los científicos, y se inclinaron

en favor de Reyes, quien, sin haberse tomado el trabajo de formar un partido, ahora tiene muchos partidarios, favor que les debe á sus mismos enemigos.

Así surgió el reyismo y á él tienen que deberle la muerte los científicos; porque tanto va el cántaro al agua, hasta que se rompe.



Alfonso Reyes

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO